el incestuoso, qué temor, qué deseo de remediar el mal, qué celo, qué ardor para castigar el delito [1]!»

14. Mas este buen resultado no se obtendrá fácilmente si al corregir al prójimo llegamos á olvidar el espíritu de caridad y mansedumbre de que hablamos; á fin de poder conservarlo pensemos en el cuidado con que una madre limpia las llagas de su hijo, con qué tiento y suavidad, con cuánta delicadeza y atención; que al fin siente el dolor de aquel hijo como si fuera propio. Corrigiendo al prójimo de esta manera, la corrección le será muy provechosa; y si por ventura no lo fuere, no por esto dejemos de corregir cuando sea necesario; pues «no se deja la medicina, — dice San Agustín, — ni dejamos de curar los enfermos porque algunos no sanen.» Probemos, pues, también nosotros los últimos medios, porque se trata de la gloria del Señor y del bien de las almas.

1 I Cor., VII, 11.

TRATADO IV

DE LA ORACIÓN MENTAL

CAPÍTULO PRIMERO

Excelencia y necesidad de la oración, y modo de hacerla. — De la meditación. — De los afectos de la voluntad.

§ I

CONSISTE la oración en levantar á Dios el alma y pedirle mercedes. Por medio de ella tratamos con Dios nuestro Señor, y esto sólo basta para descubrirnos su excelencia y dignidad; «por lo cual, — dice el Crisóstomo, — no hay lengua humana que pueda declarar cuánta sea la elevación que trae consigo el hablar con Dios, y la utilidad y provecho que de esto nos resulta; porque si aun acá en el mundo tanto adelantamos en la ciencia y la virtud tratando con hombres sabios y virtuosos, ¿cuánto no será nuestro provecho si tratamos con Dios?»

2. El hombre siempre está lleno de necesidades y miserias, expuesto á innumerables caídas y rodeado de terribles enemigos, que sin

descanso procuran su ruina: es grande su ignorancia en los caminos del Señor; su debilidad es asombrosa, y sus malas inclinaciones lo acercan sin cesar al precipicio. Todo esto nos descubre la necesidad que tenemos de pedir á Dios socorro. Y si no hay tiempo ni negocio alguno en el cual no necesitemos del divino auxilio, en todo tiempo y en todos los negocios de la vida hemos de pedirlo al Señor.

3. « Las gracias que Dios ha determinado concedernos, las conseguimos por la oración, — dice Santo Tomas. » Y así nuestro Señor nos dice en el Evangelio: « Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y os abrirán; porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre [1]. »

4. Es la oración la escala de Jacob, por la cual suben nuestras oraciones al Señor y bajan sus divinas gracias. Es la llave del cielo, que abre todas sus puertas y pone en nuestras manos los tesoros de Dios. Es un medio muy eficaz para conocer nuestra vida y arreglarla; por esto dijo San Agustín: « Sabe vivir bien quien sabe bien orar. »

5. Así como el pan alimenta al cuerpo, así la oración alimenta al alma. Y bien lo vemos esto cuando al dejar la oración sentimos que nuestra alma se enflaquece y debilita, y nos asalta la

1 Matth., VII.

tibieza, y perdemos el vigor y aliento para la virtud, y empiezan luego á revivir nuestras antiguas pasiones: la disipación, la vanagloria, la ira, la envidia y otras muchas.

6. La oración es al alma lo que es al estómago el calor natural; sin éste no se conserva la vida ni aprovecha el alimento; así también, sin la oración no se conserva la vida espiritual; mas con ella viene el aliento, la fuerza y la salud, y es además el remedio para todos nuestros males, pues luego nos advierte de ellos y hácenos volver sobre nosotros mismos é implorar el auxilio del Señor.

7. La oración puede ser especialísima y extraordinaria, que el Señor da á quien le agrada; ó bien común y ordinaria, la cual podemos con nuestros esfuerzos conseguir, ayudados de la gracia de Dios. Y de ésta trataremos ahora.

8. El modo más sencillo para su práctica consiste en hacerla mediante el ejercicio de la memoria, del entendimiento y la voluntad: la memoria recuerda el punto ó el misterio sobre que deseamos tener oración; el entendimiento medita y discurre sobre ese mismo punto, considerando lo que más pueda ayudarle á mover la voluntad, la cual sigue después ejercitando sus afectos; y—esto es lo principal—el fin de la meditación y el fruto que hemos de sacar de los discursos del entendimiento, es movernos al deseo de lo bueno y aborrecimiento de lo malo.

9. Esta práctica es muy conforme á la naturaleza humana, que es discursiva y racional, y se gobierna por la razón, y con ésta se convence y se rinde. La voluntad es potencia ciega y tiene que seguir lo que el entendimiento le propone; por esto, cuando se quiere que mudemos de voluntad, se nos convence con razones de que nos conviene obrar de otra manera.

10. « Siendo el fin de la oración el afecto y las santas resoluciones de la voluntad, bien se deja ver cuán necesaria es para esto la meditación, sin la cual la oración es tibia, — dice San Agustín; — porque si el hombre no se ejercita en conocer sus debilidades y miserias, andará engañado y no sabrá pedir lo que le conviene; presumirá de sí mismo, lo cual no hiciera si se conociese, y tratará en la oración de otras cosas, y no de aquellas que ha menester. Podránse impedir estos males ejercitándonos en conocer nuestras faltas y miserias por medio de la meditación, que nos descubrirá el punto principal á que hemos de atender, y los medios para conseguir lo que deseamos. La meditación nos muestra lo que nos falta, y la oración nos lo alcanza; aquélla nos descubre el camino, y ésta nos lleva por él; con la meditación conocemos los peligros que nos cercan, y con la oración los evitamos. »

11. Finalmente, « la meditación, — dice

San Agustín, — es principio de todo bien; porque quien considera la bondad de Dios y su misericordia para con nosotros, y cuánto nos ha amado, y lo mucho que ha hecho y padecido por salvarnos, luego se enciende en su amor; quien reflexiona sobre sus culpas y miserias, y considera lo mal que ha servido á Dios y lo mucho que le ha ofendido, luego se humilla y se tiene en poco y siéntese digno de cualquier castigo. De esta manera la meditación enriquece al alma con todas las virtudes. »

12. « Toda la tierra está desolada, — decía un Profeta, — porque no hay quien reflexione en su corazón [1]. » Y, en efecto, ¿quién se atrevería á cometer un pecado mortal si considerase que Dios murió por el pecado, y que un solo pecado se castiga con penas eternas; si pensara en aquel para siempre jamás en que, mientras Dios fuere Dios, los pecadores arderán en el infierno?

13. Pero es indispensable meditar como debemos, no superficialmente ni de corrida, sino con empeño, con mucha atención y reposo, hasta quedar muy desengañados y enterados de las verdades que meditamos, y muy convencidos y resueltos en lo que nos conviene. Meditemos muy despacio y con mucho sosiego en la brevedad de la vida, en la vanidad del mundo y cómo

1 San Jerónimo, XII.

acaba todo con la muerte, para que así menospreciemos todas las cosas de la tierra y pongamos todo nuestro corazón en lo que ha de durar para siempre.

14. Hay mucha diferencia de meditar á meditar, y de conocer á conocer. «¿Quién me ha tocado?» — dijo el Señor cuando le tocó la hemorroísa. San Pedro le contestó: «Maestro, la gente te comprime y te molesta, y tú dices ¿quién me ha tocado? — Alguno me ha tocado, — replicó el Señor, — pues yo he sentido que salió virtud de mí [1].» Así hemos de tocar á Jesucristo y sus misterios, de manera que sintamos en nosotros su divina virtud; y para esto importa mucho meditar con atención y sosiego, procurando penetrarnos cuanto sea posible del objeto en que nos ocupamos, desmenuzando, por decirlo así, todas sus circunstancias.

§ II

15. A la necesidad de la meditación se añade el gran provecho que consigo trae, y es que de ella nace la verdadera devoción, la cual no es otra cosa que una prontitud de la voluntad para lo bueno. «La devoción, — dice Santo Tomás, — reconoce dos causas: una extrínseca

1 Luc., VIII.

o principal, que es Dios; otra intrínseca de parte nuestra, que es la meditación del entendito, la cual, después de la gracia de Dios, es la que mueve y enciende el fuego de nuestro corazón.» No está la verdadera devoción en la dulzura y gusto sensible que se experimenta en el trato con Dios, sino en la prontitud que tenemos para todas las cosas del divino servicio. Y esta devoción es la que dura y permanece, porque está fundada en la verdad, que nunca falta; verdad de la cual estamos convencidos por medio de la meditación. Al contrario, la devoción que se funda sólo en los gustos sensibles, no dura mucho; mas tiene que concluir en terminando éstos. «Inflamado sentí mi corazón, — decía David, — y en mi meditación se encendían llamas de fuego [1].» Es, pues, la meditación el medio con que encendemos en el alma el amor de Dios; y si es medio no debemos parar en él, sino en los efectos que produzca en nosotros; pues si buscamos la virtud es para practicarla, y bien sabemos que la vida cristiana no consiste en los buenos pensamientos y en la inteligencia de las cosas santas, sino en las sólidas virtudes á que nos debe inclinar la meditación, cuyo fruto se halla en referirlo todo á nosotros para aprovecharnos de ella. Y como el sol no á todos los que alumbra calien-

1 Psalm. XXXVIII.

ta, así la meditación, aunque enseña lo que hemos de hacer, no mueve á todos á la práctica del bien; y como una cosa es tener noticia de las riquezas y otra es poseerlas, y esto es lo que nos hace ricos, no lo primero, así también, no el conocimiento de la virtud, sino su práctica nos hace felices. No nos quita el hambre que nos aflige el tener delante una mesa cubierta de manjares, sino el comerlos; de la misma manera, poco nos aprovecharán las mejores consideraciones si no las aplicamos á nosotros mismos para practicarlas.

16. Que la meditación, pues, nos lleve á los afectos y santos deseos de la virtud, los cuales á su tiempo se pongan por obra. Ezequiel vió unos misteriosos animales que tenían manos de hombre debajo de las alas, dándose á entender en esto que la meditación que nos eleva á Dios ha de ser para practicar la virtud, sacando afectos y deseos de humildad, de paciencia en los trabajos, de dolor de los pecados, propósito de la enmienda, agradecimiento por los beneficios recibidos, resignación á la voluntad de Dios é imitación de Jesucristo.

17. Si la meditación es un medio para despertar y encender los deseos de la virtud, luego que esto se haya conseguido debemos detenernos y emplearnos con pausa y sosiego en los deseos y afectos de la voluntad, hasta satisfacernos enteramente. En estos deseos y afectos consiste la perfecta oración, y no en los discursos del entendimiento. De aquí es que no hemos de afligirnos si no podemos discurrir en la oración, con tal de que sepamos amar y resolvernos á vencer nuestras pasiones. Y no sólo no debemos afligirnos, sino además podemos considerar que aún hay más: cuando una fuente tiene diversos acueductos, cuanto más saliere por uno de ellos, menos saldrá por el otro; y así, cuanto más nosotros nos derramemos en consideraciones y discursos muy elevados y superfluos, menos afectos tendremos en la voluntad. David pedía al Señor alas de paloma para volar á las alturas, y no alas de otra ave más ligera, porque sabía muy bien que para volar á lo alto de la santidad son mejores las alas de paloma, esto es, la humildad y sencillez de corazón, que las meditaciones elevadas y sublimes, porque Dios se comunica á los humildes y sencillos.

18. La misma oración no es tampoco fin, sino medio para alcanzar una perfecta mortificación de nosotros mismos y de las pasiones y apetitos que nos hacen guerra. Así como metemos el hierro en el fuego para que se ablande y podamos doblarlo con facilidad, así también sucede en la oración; nos es muy duro el mortificarnos y vencer la propia voluntad, y por esto acudimos al fuego de la oración para que allí, con el ejemplo de Jesús y el auxilio de la

gracia, se ablande el corazón y podamos inclinarlo al servicio de Dios. Moisés salió de hablar con Dios lleno de fortaleza, y aun el mismo Jesucristo, confortado en la oración, se puso en manos de sus enemigos sin huir de la terrible muerte que le preparaban.

19. Para obtener buen resultado de la oración es de mucha importancia pensar de antemano en el fruto que deseamos sacar de ella. Para esto consideremos muy despacio cuál sea la mayor necesidad de nuestras almas, lo que más nos impide aprovechar ó nos hace más terrible guerra; esto ha de ser lo que pongamos delante de los ojos para insistir en ello y sacarlo de la oración. Sería engaño por lo mismo ir á ella sin tal preparación, tomando lo que se ofreciere casualmente á nuestra consideración. Seríamos como el cazador que tira sin apuntar y que inútilmente gasta la pólvora. El enfermo que va á la botica, no echa mano de lo primero que encuentra, sino de lo que ha menester para su enfermedad. Recordemos que el ciego del Evangelio, cuando el Señor le preguntó qué era lo que quería que hiciese con él, luego le representó su mayor necesidad, la falta de vista, y de ella pidió el remedio. Así nosotros en la oración acudamos al socorro de lo que más necesitemos, insistiendo y perseverando en ello hasta alcanzarlo.

20. Sin embargo, lo que hemos dicho no

impide que á más de nuestra principal necesidad nos ocupemos en los actos y ejercicios de otras virtudes; pero es indispensable insistir algún tiempo con decidido empeño en lo que más necesitemos, y ocuparnos en ello una y otra vez, y traerlo siempre delante de nosotros como el mayor negocio que tenemos. Y nota el Angélico Maestro que la oración es tanto mejor y más eficaz cuanto más se reduce á una cosa. Por esto también es muy bueno aplicar el examen particular al principal objeto de la oración, lo mismo que las oraciones jaculatorias que hagamos entre día, y las penitencias y mortificaciones que practiquemos.

21. La oración es como una fuente de agua en medio de un jardín, que riega todas las flores que se encuentran en él; pero entre éstas algunas hay más delicadas y preciosas que las demás, y que son cultivadas con mayor esmero y preferidas á las otras en el riego; así, en nuestras almas todas las virtudes se han de regar y conservar hermosas y lozanas por medio de la oración, pero entre éstas deben ser preferidas aquellas de que tengamos más necesidad.

CAPÍTULO II

Concluye el anterior. — Medios para tener buena oración
De las distracciones y sus remedios.

Según lo que decíamos en el capítulo anterior, en la oración podemos ejercitarnos, no sólo en aquello de que tenemos mayor necesidad, sino también en lo menos necesario; pero hay que advertir que aquello en que lleguemos á ocuparnos no lo hemos de ver superficialmente y de corrida, sino muy despacio y con sosiego, hasta quedar enteramente convencidos y del todo resueltos; verbigracia: si nos ocupamos en el dolor de nuestros pecados, debemos detenernos en esto hasta sentir un horror y aborrecimiento tan grande del pecado que produzca en el alma el propósito más firme de primero morir mil veces antes que ofender á Dios. — Y lo mismo debemos hacer en el ejercicio de todas las demás virtudes, repitiéndolo una, dos y más veces; porque así como son necesarias muchas lluvias para que la tierra se empape y penetre del agua, así también es indispensable repetir unos mismos afectos y consideraciones en la oración para quedar enteramente penetrados y convencidos de su verdad. Y así como unos mismos manjares se preparan de distinto

modo, y de esta suerte siempre los tomamos con gusto, así también las mismas reflexiones y afectos, presentados á nuestra alma bajo diversos y nuevos aspectos, nos podrán ocupar sin causarnos fastidio, y sí consuelo y alegría; verbigracia: si tratamos de humildad, consideremos unas veces nuestras miserias y flaquezas, despreciándonos por ellas, y otras avivemos en nosotros los deseos de ser despreciados de los hombres, teniendo su estimación por vanidad, ó bien hagamos por avergonzarnos por las faltas que cada día cometemos; otras veces alabemos y admiremos la paciencia del Señor que nos sufre tanto, ó démosle gracias por habernos impedido cometer nuevos pecados; y otras, por último, descendamos á cosas particulares y prácticas que probablemente se nos han de ofrecer en aquel mismo día. Y esto es en gran manera importante, porque la oración se ha de encaminar á la práctica de la virtud, ayudándonos á quitar dificultades y vencer repugnancias y prepararnos para la virtud. Los soldados, antes de la guerra, se dedican al ejercicio de las armas para estar diestros en ellas; así también nosotros debemos hacer lo mismo en la oración para alcanzar después victoria sobre nuestros enemigos, pues más fácilmente podremos vencerlos estando de antemano preparados.

2. En el mismo ejercicio de las virtudes en

que nos ocupamos durante la oración, hay muchos grados que subir para llegar á la perfecta santidad; por ejemplo, en las adversidades tenemos que recibirlas con paciencia, y bendecir á Dios por ellas y gozarnos en sufrirlas. Así también en la humildad, la pobreza y las otras virtudes hay que ejercitarlas con prontitud, facilidad y alegría, y teniendo tanto contento en los desprecios como tienen los mundanos en la estimación de los demás.

3. Para esto necesitamos mucho tiempo, pues muy lejos nos hallamos de tanta elevación.

4. Lo que hemos dicho tiene también lugar en la consideración de los divinos misterios; esto es, que debemos detenernos en una misma cosa y profundizarla, sin pasar por ellos de corrida; pues más aprovecha un misterio bien considerado que muchos por los cuales pasemos sin gran detención.

5. Reflexionemos, por tanto, una y otra vez sobre este mismo misterio, para sentir en él mayor provecho. Jesucristo no curó en un instante al ciego del Evangelio, sino que primero le puso saliva en los ojos, y el ciego empezó á ver los hombres como árboles; volvió el Señor á ponerle las manos sobre los ojos, y entonces el ciego vió con claridad y perfección.

6. Cuando entramos en un aposento obscuro, nada vemos al principio; pero deteniéndonos, vamos descubriendo poco á poco lo que

en él se encuentra. Hagamos esto mismo en la oración; detengámonos en ella lo más que podamos, y vendrá la luz del cielo y serán disipadas las tinieblas de nuestra alma, repitiendo unos mismos afectos.

7. Para conseguir el poder detenernos en una misma reflexión, tengamos gran afecto á Dios nuestro Señor. «Como yo amo en tanto grado vuestra ley, ¡oh Señor!, no me canso de pensar en ella todo el día», — decía David. Una madre siempre está pensando en el hijo que ama; y si tanto puede el amor natural, ¿no podrá todavía más el sobrenatural de Dios nuestro Señor, hermosura infinita y fuente de toda bondad? Todos piensan de buena gana en lo que aman; tienen el corazón donde está su tesoro; pues amemos á Dios y pensaremos siempre en El, y en El también tendremos nuestro corazón.

8. En nuestra mano está, con la gracia de Dios, tener siempre buena oración y sacar provecho de ella; pues podemos ejercitar nuestras potencias, el entendimiento con relaciones análogas al asunto que tratamos, y la voluntad con afectos y resoluciones particulares y muy prácticas; y si así lo hacemos, aunque la sequedad y el desconsuelo nos hayan abatido, habremos tenido buena oración.

9. He aquí algunos medios para conseguir esto con más facilidad. Primero: Tratemos en

la oración con nosotros mismos, con sinceridad y sencillez, haciéndonos, por ejemplo, estas preguntas: ¿He adelantado en el camino de mi salvación, pues para esto me tiene Dios en el mundo? ¿Qué grados he adquirido de humildad y mortificación? ¿Cumplo mis obligaciones como debo según la voluntad de Dios, gobierno mi casa y familia tan cristianamente que todos sirvan á Dios, y sobrellevo con paciencia todas las mortificaciones y pesadumbres de mi estado?

10. Segundo: Presentémonos delante de Dios como á su madre se presenta un niño; como el pobre, el ciego, el desnudo y el desamparado están delante de los ricos pidiendo limosna. Contemplemos la sencillez del niño, y la humildad, la paciencia y el respeto de aquellos necesitados, y de esta suerte descubramos al Señor nuestra pobreza y miseria, esperando el remedio de su infinita bondad.

11. Tercero: El abad Panuncio dijo á Tais la pecadora después de convertida: «No mereces tomar en tu boca sucia el nombre de Dios; tu oración será que, de rodillas y mirando al Oriente, dirijas al Señor estas palabras: «Tú »que me formaste, ten misericordia de mí.» Pues contentémonos con tener esta oración, y entendamos que no merecemos otra cosa.

12. Cuarto: Humillemos nuestras almas delante del Señor, y digámosle como alguno de

sus servidores: «Señor, yo soy una bestia y no sé tener oración; enseñadme Vos á tenerla.» Mucho alcanza la humildad con Dios nuestro Señor, y así como ella es medio para la oración, también la oración es medio para la humildad.

13. Quinto: Cuando las distracciones nos combatan, arrojémonos á los pies del Señor para decirle: «Señor, en cuanto es culpa mía tener estas distracciones, me pesa mucho de ellas; en cuanto es vuestra voluntad, las acepto en castigo de mis pecados y me regocijo en la cruz que me mandáis.»

14. Sexto: Si nos hemos descuidado en la oración, procuremos aquel día mortificarnos más y andar con mayor cuidado en todas nuestras obras.

15. Séptimo: No hagamos cosa contraria á la oración, y de esta manera nos comunicará el Señor muchas gracias.

16. Octavo: Cuando no sintamos el recogimiento y la devoción que quisiéramos tener, deseemos con gran voluntad el tenerla, y así supliremos lo que acaso nos falta. Demos á Dios todo nuestro corazón, deseando los ardores de los más elevados serafines, y ofrezcámosle lo que ellos hacen, y, sobre todo, unamos nuestras obras con las de Jesús y de su santa Madre, supliendo con sus méritos todas nuestras faltas, y presentemos al Padre la oración que hacemos,

y todo lo demás, en unión del amor y fervor con que Jesús le amó y le alabó en la tierra, y nuestros ayunos y penitencias con las suyas, y con sus santísimas virtudes las nuestras, tan flacas é imperfectas como son.

17. Con semejante oración podemos estar muy contentos, sin pretender elevarnos á otras regiones, donde acaso no podríamos permanecer por mucho tiempo. Consérvenos Dios en su gracia sin dejarnos caer en culpa mortal, y ¿ qué mejor oración podemos querer que la que tiene tal fruto ?

18. Respecto de las distracciones, de que hemos hablado, tres son sus causas principales. Primera, nuestro descuido en guardar el corazón y en no dejar que se derramen los sentidos durante el día. El remedio está en nuestra mano con la gracia del Señor: ocuparnos en santos pensamientos, guardar el corazón y recoger los sentidos. La piedra de molino muele lo que se le echa, trigo, cebada ó centeno; pero en manos del hombre está echarle lo que él quiera; así nuestro corazón se ocupará en los pensamientos y afectos que nosotros le procuremos, de Dios ó del mundo, de virtud ó de pecado.

19. La segunda causa de las distracciones proviene del demonio, que procura á todo trance impedir la oración, pues muy bien sabe las grandes ventajas que de ella nos resultan. El remedio contra este mal es invocar muy de

veras el auxilio del Señor con algunas jaculatorias humildes y amorosas.

20. La tercera causa puede ser alguna enfermedad corporal ó debilidad de cabeza. En este caso tomemos por materia de oración lo mismo que padecemos, y conociendo nuestra miseria ofrezcamos á Dios la cruz que nos manda.

21. A más de estos remedios, he aquí algunos otros que nos dan los santos. Reflexionemos que estamos en la presencia del Señor; y si delante de los grandes de la tierra procuramos estar con atención y respeto, ¿ con cuánta mayor razón debemos hacerlo así delante de Dios y de sus santos ángeles ?

22. Podemos hacer también nuestra oración delante del santísimo Sacramento; y si todavía no cesan las distracciones y el abatimiento del corazón, recordemos que el ciego del Evangelio, aunque la gente le decía que callase, él levantaba más y más su voz diciendo: «Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí;» y hagámoslo así nosotros, aunque el Señor disimule y nos parezca que pasa de largo, y aunque la turba de las distracciones pretenda que callemos. Demos mayores voces diciendo: «Señor, ten piedad de mí; fortalece mi corazón en esta hora para que pueda pensar en Ti y permanecer en la oración.» Bueno será que ayudemos nuestra flaqueza con breves oraciones vocales.

23. Llevemos á la oración bien preparados los puntos en que hemos de meditar, para que, en advirtiendo que estamos distraídos, tengamos luego á la mano el objeto en que hemos de pensar. « Antes de la oración prepara tu alma, — nos dice el Espíritu Santo, — y no seas como el hombre que tienta á Dios [1]. »

24. Si á pesar de todo esto el corazón se nos va de entre las manos sin culpa nuestra, tengamos paciencia; pero sepamos que el Señor no se ofende por esto; antes se mueve á compasión y misericordia de nosotros, pues bien conoce nuestra miseria. Y si perseveramos en la oración á pesar de los pensamientos y sequedades que sufrimos, será muy agradable tal oración á los ojos de Dios y alcanzará grandes favores para mejor servirlo y crecer en la virtud.

25. Por lo mismo, no debemos dejar la oración por más que en ella nos vengan tentaciones y trabajos, ni permitamos que se nos entre la tibieza; mas, al contrario, procuremos mantener el corazón humilde y recogido en todo lugar.

26. Entre otras tentaciones, la del sueño puede venir de causas naturales, y debe entonces combatirse con remedios también naturales. Si nace de nuestra tibieza ó del demonio,

1 *Eccl.*, XVIII.

procuremos disipar aquélla y acudir al auxilio del Señor.

CAPÍTULO III

Cuánto conviene entregarnos más á la oración en algunas épocas del año.

§ I

Los hombres del mundo celebran fiestas y espléndidos banquetes en distintas épocas del año, en las cuales más particularmente se entregan á los goces y placeres de la vida; así también nosotros debemos tener nuestras fiestas y banquetes espirituales para gozar en ellos, sin tasa ni medida, la dulzura del Señor y la abundancia de su gracia. Esto es sobremanera importante, no sólo para adelantar en la virtud, sino también para no volver atrás; pues siempre está nuestra miseria inclinándonos al mal y entibiando el fervor con que empezamos, y mientras más se multipliquen nuestras ocupaciones exteriores, más necesidad tenemos de entregarnos en ciertas épocas al retiro y la oración. Andaban los Apóstoles muy ocupados en la predicación, y volviendo á dar cuenta al Señor de lo que habían hecho, su divina Majestad les dijo : « Venid á retiraros con-